

DE CÓMO UN POETA PORTUGUÉS FUE HASTA LA CIUDAD DE
LOS CAMINOS DEL AGUA, ENTRANDO ÉL ESPAÑA ADENTRO, Y
DE LO QUE VIO EL POBRE HOMBRE EN AQUEL PAÍS, ANTES DE
LLEGAR A MADRID

La primera vez que viajó al país vecino, Francisco Bravo Mamede, el señor poeta, vio que las ciudades de España comenzaban al final de todos los caminos. Para ir de una a otra, y al no haber acceso a la ciudad siguiente, había que andar por allí a la buena de Dios, dando vueltas y más vueltas para no enredarse uno en la línea de orientación que conducía fuera de la maraña urbana, como quien busca y finalmente encuentra la puerta de salida de una casa desconocida. Se seguía entonces adelante, sin rumbo ni certeza alguna sobre la hora de llegada al destino trazado (*se hace camino al andar*, como en el verso del querido maestro Antonio Machado)— y enseguida toda ella aparecía recortada en la lejanía, muy nítida de luz, como un bajorrelieve emergiendo del fondo del paisaje. Era la ciudad siguiente.

El país vecino comenzó pareciéndole una invención verdadera. Los seres y las cosas acababan estando en su sitio real, es decir, donde solo pueden estar los seres y las cosas reales; el

mismo cielo azul peninsular a los dos lados de la frontera; idénticas las casas, la desnudez reseca de la tierra, los árboles sin verdor y las personas (que, así, parecían dobles de sí mismas). Iguales, también, los campos segados, los calurosos caminos, los animales a la sombra de las barreras y de las cercas, los viejos y los niños. Hasta el movimiento pausado de las pocas cabezas que acompañaban el paso de los coches por la carretera no era más que pura rutina: cuellos que se torcían y cargaban sobre ellos el tedio, la larga paciencia de las horas, el calor incurable del día.

“¡Todo un pasmo, todo una desolación!” dedujo, en un instante el ágil poeta, con su impío golpe de genio acerca de los mitos portugueses sobre España, que no excluían un sentimiento de venganza sobre la petulancia de los vecinos.

En efecto, todo aquello no era más que una mala prolongación de Portugal: territorio yermo e inviable, con las verjas de los campos abiertas en los arcones de las carreteras, con sus intransitables veredas, los senderos que subían hasta la cima de los agrestes montes, y las casas modestas —todas ellas por encalar— a la entrada y a la salida de cada curva. Lo demás, en su conjunto, eran paisajes lívidos, escenarios sustraídos a la evidencia de los colores, asemejándose a unas páginas súbitamente en blanco en medio de un libro.

¿Dónde acababa Portugal y dónde comenzaba España? ¿Qué línea establecía el límite, el paso de un país a otro — y a quién le pertenecían las distancias que se perdían a lo largo de esa línea meramente imaginaria que todo el mundo denominaba “frontera”? Preguntas y preguntas que el poeta se formulaba a sí mismo, por la carretera, en un ansia de entrar en España y en un arrebató curioso de voluntad tal, que era cosa bien digna de verse.

También los grandes relieves españoles se deslizaban en la lejanía extrema de la mirada. Por más que caminase en dirección a ellos, nunca quedaban al alcance de la mano ni del gesto que apunta a un blanco y dispara sobre él un tiro de caza. Se limitaba a ver las extrañas formas que poco a poco se afinaban y erguían a lo lejos, desde la base hasta la cumbre más alta de la cordillera: protuberancias montañosas, malformaciones de una tierra desnuda de vegetación, y la sierra siempre trepando hacia el interior de España, en arco de herradura. “Todo un pasmo, todo una desolación”, se repitió a sí mismo, con el desconsuelo de quien ya veía una decepción anunciada.

¿Por qué diablos le tendría que gustar a un portugués “aquello”?

Tampoco le fue posible saber cómo crecía, y hacia qué lado se inclinaba, esa cordillera, unas veces azul y otras veces de color piedra-pómez, algo difuminada en la distancia, que le impedía mirar la tiza luminosa de la mañana apenas nacida. Paralelamente a las sierras, las planicies y los valles subían hacia adentro de la secreta España, mostrando alguna que otra copa de árboles al borde de la carretera, que resistían las inclemencias y soledades del desierto, sotos ralos y abrasados por el calor y una tierra huesuda, con sus peñascos, sus muros, sus mudas amplitudes. Y siempre la misma carretera por delante —monótona, vacía, perdiéndose de vista.

En todo el vasto horizonte de esa mañana de agosto, que se volcaba sobre el paisaje español, nada obviamente se asemejaba al mar. En el Alentejo, sí, hasta la planicie se lo había hecho recordar, con un sentimiento cercano a la despedida. Líquido,

rezumando a sal. E incluso con el sonido enrollado, al fondo, del golpear de las olas contra el silencio y el viento de la tierra portuguesa. En España, estando el mar ausente, el aire que en la tierra se respiraba parecía trémulo y escaso, vibrando tan solo en el rumor y en la fragancia de la canícula. El peso silencioso del aire. Estaba allí el tiempo del universo, el tiempo completamente parado, suspendido, expandiéndose con dificultad hacia lo alto. Siendo él el motor secreto del orden universal atravesaba la mañana como un humo arrastrado por el viento —sudado, sin rumbo, en una única nube cargada de lluvia que bogaba en la distancia, perdida en el cielo y en el descreimiento de los pueblos que habitaban esos tan inhóspitos lugares del país vecino.

“Tiempo nunca comenzado”, pensó, grave, nuevamente inspirado por la evidencia de su genio, el poeta portugués Francisco Bravo Mamede. “Ni comenzado ni sucedido. Sin principio ni fin”.

Sin embargo, cuando la noche caía, la gente que vivía en la ciudad siguiente no era tan pensativa como le había parecido la otra a plena luz del día. Al contrario, estaban las multitudes ruidosamente sentadas al relente y al crepúsculo, riendo, comiendo, tomando bebidas heladas en la barra de los bares o en las terrazas que rodeaban las esquinas de cada calle, a lo largo de los paseos públicos, con una alegría que él jamás había vislumbrado en su país —ni siquiera en los días de fiesta. Ahí, sí, comenzaban la diferencia y la realidad de una tierra llamada España. Sentada o de pie, mucha gente se acomodaba en los umbrales de las puertas abiertas de par en par, para que el aire entrase en las casas. Algunas personas se consagraban a los cobertizos ajardinados por arriates llenos de rosas, dalias y margaritas, a la espera de la brisa. La esperaban como a una

divinidad en cuya existencia solo ellas pudiesen creer y tener fe. Cuando allí llegaba, venida no se sabía de dónde, soplabla suave, gastada y descolorida, pero lo suficientemente brisa aún para refrescar las paredes escaldadas por los mecheros de Bunsen del día. Además de ser una alegría para ellas, esa brisa del final de la tarde caía como una bendición de Dios sobre las calles y sobre las casas de España.

A medida que se adentraba en el país vecino, veía el poeta que las aves, el firmamento, las nubes, las horas del día, todo se movía por encima de su cabeza coronada por la gracia del talento y de las musas. Era como si arrastrase tras de sí los paisajes y los lugares por donde iba pasando; o como si transportase todo el universo a sus espaldas. Al mismo tiempo, una especie de trance, venido del fondo de su alma en fiesta, vibraba en los nervios habitualmente frágiles del poeta. Salir de Portugal, y entrar así España adentro, para conocerla y descubrirla, le había valido sueños y ansiedades a lo largo de años de sacrificios y ahorro, a la espera de esa superior oportunidad de viajar al otro lado de la frontera. Solo podía, pues, ser obra de un milagro divino —la gracia de una caricia distraída de las musas, una dádiva solemne de los dioses de la Lusitania —eso de estar ahora camino de Madrid.

En Portugal, había sido siempre un sedentario y un pobre hombre. Por más que se apretase el cinturón, eso de los viajes al extranjero nunca pasó de ser un lujo por encima de sus posibilidades de funcionario público. Que le valiesen, por tanto, las musas y que de su escritura discreta, íntima, zurcida al margen de los poderes editoriales del país, se apiadasen los jurados de los premios literarios; de otro modo, tendría siempre la sombra de su mujer alrededor de sus pasos, en una desazón cons-

tante, sin ningún respeto por la Poesía. Ella como que desconfiaba de la obsesión indecente de aquellas rimas —deseosa de saber para qué servía ser poeta en Portugal en aquellos días; pasarse horas escondido en un agujero de la casa matándose por un verso, por una estrofa aceptable, si al final allí era siempre la misma historia: las vacaciones de costumbre en el pueblo de la sierra, las tristes y largas mañanas de domingo en la cama (porque el día anterior él se había acostado tardísimo, exhausto, agotado por las exigencias del “trabajo poético”), y después clases y más clases que preparar los domingos por la tarde, y el mal humor de quien andaba enfadado con la vida, en un sufrimiento platónico, y peor aún con el mundo, con las personas, consigo mismo. Branca no era más que una enredadera: siempre preocupada con las cosas de la casa, alborotada por la comidita de ambos, por el dinero para las medicinas cuando sobreviniese alguna enfermedad —el ahorro de unos centavos mensuales, la jubilación, el día de mañana. Menudo fastidio para un poeta, esas preocupaciones con la vida cotidiana, los cambios de humor de su mujer, ¡los asuntos domésticos! ¿Sería la literatura compatible con esas minucias diarias, el sentido primario de las panzadas de comida, los arreglos inferiores del trato conyugal? ¡Venga ya! El poeta es un hombre con una misión. La de ser único, diferente en todo a los otros hombres; la de comportarse por encima de ellos a cualquier hora del día y de la noche, como ente superior que es, y la de sobrevolar el sueño, vivir la desnudez ideal del espíritu, beber tan solo de la fuente de donde mana el agua, la trascendencia sagrada de la poesía...

¿Y cómo sería en realidad la “otra” España —la de los compendios de Historia y Geografía que había estudiado, veinti-

tantos años atrás, en la escuela primaria, el país de los ríos y sistemas montañosos, de las inundaciones y las sequías, de los malos vientos y peores casamientos, de todos los males portugueses de entonces? Pues bien, lo desconocía por completo. Pero ahí estaba ella, finalmente adentrada y evidente, y toda a merced de sus sentidos.

Súbita, apartada, vecina lejana España.

La España amarilla, con un cielo muy blanco y un alma color de piedra.

La España de las grandes, desmedidas pasiones por todo y por nada.

Aquella en la que era forzoso creer.

¿Cuál de ellas lo esperaba en el centro y en la intimidad, casa tras casa, en el interior de sus cuatro paredes, escuchada bajo el peso de esos veintiún gramos de alma que sustentan la vida humana? No lo sabía. Tampoco lo imaginaba, al menos por ahora. Iba a vivir esa España de la fe y de los libros de la escuela primaria y del instituto con su devoción portuguesa; con la unción, con la severidad de su juicio de hombre siempre lleno de curiosidad ante el mundo; y con el respeto de los dignos extranjeros que se acercan no solo al paisaje, sino al alma culta de las poblaciones y de los países imaginarios que visitan.

Francisco Bravo Mamede viajaba como un simple turista, yendo a la aventura de la carretera y al encuentro de las alegres y confusas ciudades de España. El dinerito bien contado en el bolsillo. Había envuelto en el pañuelo de la nariz el fajo sujeto con un imperdible, como si fuese armado de manta y morral para una jornada modesta en el campo. En esa época, su vida aún no era una fiesta del mundo y de la poesía. No le había dado la fama ni la amplitud de aquellos círculos de amigos que más tarde lo esperarían con alegría en todas partes: los magní-

ficos anfitriones de esa figura portuguesa que el mundo de las Letras iba conociendo a través de sus muchos viajes, celebrando su talento, cubriéndolo de gloria, venias y homenajes simbólicos. Solo mucho más tarde, con el pasar de los años, de los libros y de los premios literarios, gracias a grandes dosis de sudor y de mucho talento vertido en verso, él se transformó en un enviado del desierto, un profeta de la literatura portuguesa en el extranjero, con quien todo el mundo se veía obligado a mostrar algún fervor e incluso una cierta ceremonia. Por eso, amados lectores, ¡nada de ilusiones prematuras acerca del triunfo por los tortuosos caminos de la literatura!

Viajar hasta el país vecino no conllevaba únicamente un acto de ascensión desde el campo a las ciudades, sino más bien un indefinido sentimiento de angustia. ¡Su angustia! Siendo a un tiempo absurda y crucial, consistía en no saber cómo aproximarse, sin reservas ni prejuicios, al noble corazón de España, ni hasta qué punto podría llegar a merecerse el país del otro. Y, además, ¿qué significaba eso de que alguien se mereciese el “país del otro”?

“Supongo yo”, pensaba el sagaz portugués, “que será como saber dónde comienza y dónde acaba la casa del vecino. Debemos aproximarnos con el debido respeto: llamar a la puerta, limpiarnos concienzudamente los pies en el felpudo, pedir permiso para entrar; y después, al final, no salir nunca de ella abatido por el peso de los sentimientos de culpa” —¡tan ardiente, fogoso y profundo era, como se puede ver, el pensamiento del poeta acerca de la casa-país del vecino!

Le movía también, claro está, el propósito de realizar algún trabajo poético en España. El viaje favorecía el que alguien absorto y contemplativo como él, poco dado a las artes de la holganza y mucho a las de filosofar consigo mismo, se rindiese al

misterio creativo de ese país de escritores y poetas; cuna de tantos músicos, de pintores tan geniales, de una literatura que desde las primeras horas de lectura lo había deslumbrado desde la distancia, en los confines de ese país-continente que poco tenía en común con el menudo, melancólico y tan lastimosamente alejado Portugal de su alma poética. Con el fin de registrar las revelaciones que la gran España no dejaría de inspirar a su corazón poético, llevaba todo lo que necesitaba: el cuaderno de costumbre de rayas muy juntas (“¡la poesía se quiere escrita en letra pequeñita, apretada entre líneas estrechas como en una pauta de solfeo!”, decía); su colección de rotuladores, las gafas de aros redondos como argollas, para la vista cansada, unos cuantos ejemplares del único libro que había publicado hasta ese momento en Portugal, *A Flor do Sal*,—no fuera a darse el caso de que llegase a conocer en España personas sensibles y hasta inteligentes: los locos editores de poesía que alegremente vacían el monedero y arruinan a su familia por un capricho lírico; la gente culta de las tertulias y de las universidades, algún que otro poeta abarrotado de talento y por lo menos tan extraordinario como lo consideraban a él en Portugal —a quienes se los debiese regalar con una sonrisa de modestia y una dedicatoria con un punto de abstracción que los obligase a pensar en la ética y en la trascendencia de su escritura. El desprendimiento en relación a la gloria y a todo lo que fuesen bienes mundanos lo llevaban íntimamente a contentarse con un cuarto de página en un buen periódico de Madrid, un encuentro a solas con un vate español de primera fila, una invitación para ir a animar una noche de recital en una academia cualquiera, un sosiego moral que le alentase a insistir en su idea de poesía —y, si fuese posible, claro está, una traducción. Bien mirado, tampoco era pedirle demasiado a la gran

España, si tenemos en buena cuenta las pruebas que toda la gente poseía de su talento (demostrado en un librito de setenta y ocho páginas de versos lapidarios, tan llenos de raza, ¡con todos los indicios de un genio que el mundo se preparaba ya para reconocer, traducir y así consagrarlo en todas partes!).

Todos los pueblos de la Tierra lo dicen: cuando un portugués se aleja tanto de casa, el mundo entero viaja con él. Les había sucedido lo mismo a algunos de los más gloriosos extranjeros, como Antonio Machado y Pablo Neruda, en su huida hacia el exilio. En el fuero interno de Francisco Bravo Mamede bogaba esa misma bienaventuranza de los maestros: el planeta seguía el movimiento, el ritmo caminante de sus pasos, su sombra de poeta andarín. Buena idea esa, la de que el tiempo y la erosión le hubiesen quitado de delante, para que no le estorbasen en el camino, las cosas vagas, sin duda innecesarias, que a lo largo de años y siglos se habían esparcido sin ton ni son por el paisaje (caprichosos ríos, rocas esculpidas por el cincel de las lluvias a golpe de viento y granizo, montes rodeados por el trazado de las carreteras) dejando así proseguir, determinado y seguro, al humanista, ¡al hombre de Letras! La materia de las cosas es siempre un obstáculo abominable para quien le gusta llevar consigo, agarrado a la vaina del espíritu, todo lo que sucede cuando se traspasa el horizonte visible, y solo entonces. Por eso, nada mejor que una carretera plana, un paisaje desértico y muchas ganas de peregrinar.

Unas pocas nubes rosadas, de gasa, semejantes a toldos erGUIDOS en el clarear del día, se hacían ovillos en el cielo casi todo forrado de azul, dejando tras de sí la distancia ya recorrida y siguiendo el viaje ahora más adelante, de nuevo por la pista de sus pasos. Las reverberaciones sangrientas de la aurora

le rociaban los sentidos ávidos de aventura; el olor húmedo de la mañana los ungía de una fragancia que le despertaba en el cuerpo y en la mente la energía que acude tan solo a los visionarios locos y a los héroes de las más rudas peleas de la vida. (En su caso, vaya la verdad por delante, nadie dudaba de que poseía un alma de héroe. Si bien siempre le habían faltado las ocasiones para probarlo. ¡Pero el mundo no perdería nada con la tardanza! Aunque tuviese que suicidarse, a falta de un mejor argumento para demostrar el ser heroico que en él se plasmaba. No era aconsejable desconfiar de la mente profética ni de la temeridad del poeta). Sin embargo —y esa fue la primera de sus muchas desilusiones— al entrar en Madrid (desde donde continuó hacia Zaragoza y Barcelona), Francisco Bravo Mamede llegó a la conclusión de que no había hecho nada más que correr al encuentro de sus espejismos. Lo más que el país vecino le permitía ver eran canteras, tierras embarradas y descampados resecos; y miró la altura sin fin del cielo extenuado del mes de agosto; y se limitó a recorrer el paisaje lunar de un país que carecía de un único color definido —la España quemada, sus hierbas chupadas por el viento meridional y las raras casitas que se agachaban a la sombra de las higueras y de los eucaliptos. Fue como llegar a un lugar ausente, debajo de tanto calor (“un fuego de almas atormentadas”, escribió él en uno de sus más intensos Poemas Espanhóis, que publicaría un año después de haber hecho el viaje), con rumbo a un destino aún invisible, yendo hasta donde lo llevasen sus espejismos —pero creyendo que mucho más adelante, en la distancia límite de la mirada, al final de todos los lugares, se erguiría un oasis en pleno desierto castellano. La ciudad en donde convergen los caminos del agua. Concéntrica: basta mirar el mapa de la Península Ibérica, se ve enseguida que Madrid, la imperial, la

equidistante, fue erigida en el centro de todos los puntos geográficos que están a su alrededor, a igual distancia de Lisboa y de Oporto, de A Coruña, de Francia, de Andorra y de los Pirineos, de la extensa costa mediterránea que va a lindar con el territorio de Gibraltar. Toda España es un círculo imaginario con el centro en Madrid —para vigilar en el mapa las ciudades y las provincias, las calles y las casas, las voces mudas del cielo, la tierra, el mar.

Tampoco la idea del tiempo podía ser la misma en los dos países. En el paso de la frontera, llegado el momento de adelantar el reloj una hora, él se vio ascender nuevamente, ahora en otro orden de tiempo: subía de un siglo al siguiente. Nunca supo explicar cómo ni por qué motivo aquel primer viaje suyo a España lo llevó, no del principio de la mañana al final de la tarde del mismo día, entre dos países; sino del espacio geográfico de su país al tiempo espiritual del otro. A medida que se perdía en territorio español, oyéndolo hablar, conociendo su modo de vivir, extrañando casi todo con lo que se encontraba, el poeta salía de la lengua portuguesa para entrar en la lengua hegemónica de la península. En ese paso de la primera a la segunda lengua, más que a un simple cambio de idioma, tenía que procederse a un intercambio de gramáticas; el paso gramatical de un mundo a otro —con la sensación de estar otra vez ascendiendo, subiendo en posición vertical, yendo del fondo del silencio portugués hacia lo alto de una fortaleza histórica que se llamaba Península Ibérica.

El paisaje se deslizaba en el cansancio, en el tedio y en el sueño de sus ojos. Lo vislumbraba tanto en los oteros como en la llanura sin fin de los campos segados. Los tallos de heno rasaban la continuidad de la planicie y en ella las estacas de las

cercas donde se guardaban toros de muerte que podían verse resoplando al sol, sofocados, con la lengua fuera. De sus lenguas resbalaban hilos de goma, pequeños arco-iris de saliva. Resoplando, los vientres en quilla se llenaban y vaciaban como fuelles de una forja. De tan asustados, los hermosos ojos de los bueyes, aunque vistos al pasar la carretera, parecían mucho mayores, y recordaban a los de los sapos. La belleza de la vida se unía a la locura de la muerte, infundiéndole en él la convicción de que toda España, en pleno verano, anulaba el tiempo dentro de sí misma. En esa planicie inmutable, no podía haber horas en las horas, ni días en los días —sino noches de días y de meses que duraban, continuos hasta la próxima estación del año.

A lo largo de lo que quedaba de viaje hasta Madrid, nunca apareció nadie con aspecto de estar vigilando a los animales. Paisaje huesudo, repito, tierra muerta, sin personas ni pájaros; y sin un solo perro vagabundo por la carretera, ni otros animales domésticos a la vista. Ni siquiera la hierba pudo vencer el poder abrasivo del siroco. De tan surcado y reseco en sus fisuras, el suelo se había cubierto de un color único, pero algo indefinido, en el que se mezclaban el arenal del desierto, el magenta de sangre de la tierra, el azul de los peñascos en la cima de cada colina y el óxido del rastrojo. Por lo demás, frágiles sombras, allá; vagas figuras yacientes que ni la brisa agitaba, más allá; la silueta incierta de una loma, de un muro, el simple amontonamiento del relieve, un capricho cualquiera en la larga monotonía del paisaje.

No podía creer en semejante España. Tendría por fuerza que haber otra, bien diferente de esta, más a la medida de la que había imaginado. Iría aunque fuese al fin del mundo para encontrarla. No se resignaba a verse engañado en sus razones.

Francisco Bravo Mamede era lo que se dice un hombre tocado por sus instintos de caza; un cazador de mundos y ciudades. Olfateaba el horizonte más allá de lo visible y de lo mensurable, con ganas de poseerlo. Se había hecho poeta en la búsqueda de la segunda dimensión del ser y de las cosas, mucho más allá de sí mismo. Hasta cierto punto, se consideraba un profeta de la evidencia, un visionario de lo oculto, un anunciador de las verdades que mienten, de las mentiras que a veces dicen la verdad.

Siguiendo pues el ilustre vate por tan inhóspitas campiñas, vio que las franjas blancas de luz vibraban sobre ellas, con el peso del calor; y que lucían por encima del asfalto, como la espada del Diablo (que a veces se disfraza bajo la forma de cuchilla en las manos de los asaltantes de carretera). Al lado de Branca, que detestaba tanto la poesía como los viajes, se le llenaron los ojos de cansancio, hasta el punto de sufrir visiones. Había en ellos espejismos de los sueños inundados por la luz que temblaba como una vibración sísmica, y las breves ilusiones del pensamiento provocadas por la fatiga, en la carretera que los llevaba tan lejos de Lisboa —hacia el lugar donde empezaba sin duda ese territorio de lo invisible que le anunciaba la existencia de las ciudades.

De vacaciones por las ciudades de España, con todo organizado desde Lisboa, Francisco Bravo Mamede pensaba que la juventud había sido lo más bello de su felicidad con Branca. Tenía el orgullo de ser el único hombre del mundo que poseía a esa mujer a quien los otros deseaban, tanto en la intimidad como en la vida —los otros, en el destino de la ciudad, el “infierno de los otros” del que hablaba el escritor y filósofo existencialista Jean-Paul Sartre. Al contrario de lo que sucede en el

presente, la Branca de otrora no era la enferma imaginaria que él soporta con estoicismo y paciencia. Y no tenía que estar siempre diciendo que se moriría del disgusto si él la dejase de amar; y que se mataría si llegase a engañarla con otras mujeres. ¡También era cierto que, en aquellos tiempos, ella no parecía tener siete años más que su marido! Peor que eso, se había resignado a la entrada de la edad como a una molestia sin cura. Ahora, con pequeñas bolsas debajo de los ojos, el cuello zurcido por un pergamino de arrugas, el cuerpo gordo y decadente, los huesos porosos —estaba hecha una vieja. Temperamental, muy dada a llorar por las esquinas y a jaquecas que a veces duraban una semana. Lastimosa, la esposa se había rendido a las tristezas físicas de la edad, muy canosa, un tanto árida de pieles y de humores —mientras que él, el excelso hombre de la vida y del corazón de Branca, irradiaba aún un encanto vigoroso, estando tan ágil y saludable como un espadachín. Puesto que era poeta, decidió dejarse crecer el pelo. El resultado era una bella cabellera suelta, tocada por un gris de bruma que parecía azul. Mantenía, además, una voz profética, de declamador y tribuno de la poesía. Y le sacaba partido a una sonrisa perfecta que le iluminaba la boca infantil, pero tan sensual que ponía nerviosas incluso a algunas de las mujeres que de vez en cuando lo herían con el desdén de su odio público.

La tierra muerta continuaba pasando junto a ellos, en la amplitud de una planicie que de vez en cuando parecía ondularse, de forma casi imperceptible, solo para acoger, en la cima de la ola, una estación de tren sin gente, una u otra casa cerrada, el puente sobre un río que ya no existía, un anuncio de publicidad que los vientos fríos venidos del norte habían llenado de manchas y grumos de óxido. Pero, de todo, lo más desolador era ver que se había extinguido en sus lechos la vida de los ríos

peninsulares, pues estaban secos. Sus nombres, escritos y grabados con plomo sobre los muros bajos de piedra de los puentes, sugerían ya el epitafio, la muerte sedienta de los que otrora nacían en España e iban a desaguar, en gruesos caudales, en los siete mares de Portugal. Ahora, sin embargo, no llegaban ni siquiera a su desembocadura: tenues y desecados, se empozaban y después morían en los huecos más hondos, entre el lodo podrido y los cañaverales. El calor se avivaba con las sombras. Y estas ardían en el suelo, que hacía desistir del simple deseo de parar, salir del coche, descalzarse, dormir una siesta bajo árboles que no existían, que tal vez nunca hubiesen existido, o cuya existencia perteneciese tan solo al sueño del viajante. Él creía que la ciudad de Madrid surgiría de repente ante sus ojos, así sin más, como una aparición mucho tiempo esperada, descubriéndose por detrás de un monte tan alto que su cumbre afilada rasgaría sin duda el velo de la cordillera y el azul sin altura del firmamento. Después, a la montaña le seguiría un valle, y al valle una alameda rodeada de cedros y helechos arbóreos; y a la alameda de cedros y helechos arbóreos, el arco de una puerta de entrada a esa ciudad encantada, tan aérea que daría la ilusión de haber sido esculpida en el aire, como la de Babilonia, por entre jardines colgantes, palacios de piedra rosada, templos de oro, estatuas en la esquina de cada calle y agua en todas las fuentes.

DOLORS CLARET, UNA ESCRITORA ESPAÑOLA, AUTORA DE NOVELAS NEGRAS, VIENE A PORTUGAL CON SU MARIDO —GALLEGO, RICO E INFIEL— Y JURA POR LO MÁS SAGRADO QUE NO CEJARÁ EN SU EMPEÑO: VENGAR CADA UNA DE SUS TRAICIONES, Y SE PIERDE DE AMORES POR LISBOA

La primera vez, y única, que vino con su marido de visita a Portugal, Dolors Claret, llegó a Elvas en una mañana abrasadora de julio —y sintió una especie de calma o de tranquilidad dentro de la enorme cólera que entonces se enrollaba en su vientre de mujer engañada, vilipendiada por las constantes infidelidades de Víctor. No sabría explicar por qué razón se le apaciguaban en las tripas, así tan de repente, las furias voraces del odio y de la traición. Supongamos que por causa del blanco inesperado e incluso excesivo de las casas. O porque la luz del medio día, vertida desde lo alto del firmamento sin nubes e inundado de azul sobre el añil de las fachadas, parecía fundirse en la dimensión desconocida de un mundo que nunca había estado siquiera en la conjetura de sus libros. O, quién sabe, por cualquier otra pequeña nadería, en que sueño y realidad se unieron en su mirada para dar paso a la memoria de un lugar que ella nunca más deseó olvidar.

Al salir del coche, tuvo incluso la sensación de desembarcar

desde dentro y desde el fondo de sí misma. Poniendo los pies en la tierra, se libraba de un martirio totalmente semejante a un mareo en el mar, y también de las formas más o menos imprecisas que flotaban alrededor de su vida concreta. La idea que se hacía de Portugal no iba más allá de la pura fantasía: era tan solo una línea de frontera, llena de salientes y entrantes, que los españoles por regla general se inventaban a la medida de su imaginación. Se trataba de un país inconcreto, que existía tal vez dentro de su evidencia interna, pero bien en el extremo de la realidad española. Mirando el mapa de la Península Ibérica, se podía ver, allí al lado de España, un rectángulo vacío y algo curvilíneo, sin ciudades ni caminos, sin personas ni paisajes, donde ni siquiera existían el tiempo ni las estaciones del año; posiblemente tampoco llovía ni soplaban el viento, ni debía de hacer sol que se viese, pues hasta eso se ignoraba en las previsiones meteorológicas que día a día se hacían para el territorio español. En el mapa, a los ojos distraídos del país vecino, Portugal se presentaba como una tierra gastada e incluso algo desalmada, cuyos ríos y montañas parecían haber sido raspados de sus propios relieves. Y así se cumplía por completo la idea de su inexistencia.

Dolors sabía que se trataba de un país que limitaba al oeste y al sur por el mar; muy al norte, confinaba con su querida Galicia, a través de una frontera arrugada como una boca sin dientes, o como dos trenes abollados que hubiesen colisionado y desde entonces permaneciesen no sé si fundidos o unidos a la fuerza; pero no sabría decir dentro de qué otros límites existía (tanto los humanos como los geográficos), ni de qué sueños o angustias se despertaba todas las mañanas, ni cómo subsistía allí al lado, solo y desconocido, o qué aires y vientos en él se respiraba. Se miraba a ese espacio omiso en los mapas españoles

de la península, y no era más que un desierto, con un vacío de por medio, entre la meseta ibérica y el Atlántico: a un lado, el verde de la tierra; al otro, el azul del mar —y nada más. Se decía que eso era Portugal.

La planicie española, que descendía, suave, casi llana, perdiéndose de vista, desde Madrid hasta Badajoz, había quedado totalmente atrás. Ahora, en pleno Alentejo, las curvas de la carretera rodeaban tierras ondulantes (donde el trigo se había segado hacía poco), verdes eriales, dunas gigantescas, campos poblados de encinas, dehesas y casas vacías. Un silencio fresco, rociado por el canto solitario de un mirlo, sin el estiaje ni la aridez del paisaje estival de su país, se distendía por encima de la verde campiña alentejana. La luz, siendo allí más nítida y más cruda, aplastaba las sombras, que así parecían refugiarse bajo la copa de los alcornoques. Se veían, a distancia, olas inmóviles y sucesivas de tierra, líneas casi líquidas de paisaje, y oteros que debían de llegar hasta donde estaba el principio del mar. Por todas partes, la claridad del sur dibujaba, con tiza y tinta hecha de cal, la transparencia y la amplitud del paisaje. ¡Cuánta paz y tan limpia virtud había allí y cuán manso y abundante sosiego, y qué sentimientos positivos experimentaba ella en la dulce melancolía del campo portugués!

Les gustó enseguida lo que vieron. Al parar Víctor Alfonso el coche al lado de la carretera sobre un mirador, se pusieron a imaginar la lejanía sin fin que iría más allá de todo lo que desde allí se veía: pequeños montes verdeantes, bosques que se diluían en la distancia y se asemejaban a bultos sentados, de espaldas a ellos, y aquella línea perfecta que a lo lejos debía sin duda confinar con el mar.

Escucharon el silencio del Alentejo. Pero tan solo trajo hasta ellos el canto bucólico de un gallo (y ya no el del pájaro de

hacía poco), su eco retumbando como una campana por la soledad de los patios y golpeándose contra todo lo que se irguiese en medio de los campos para volver atrás. Su primera sensación fue la de haber descubierto un territorio olvidado del mundo y de los hombres o una colonia de gente recientemente ocupada. Además de las huertas, con sus divisiones de col, guisante, patata y judía, se avistaba el ganado en la hierba: bueyes, carneros y cabras a la sombra de los alcornoques y de las encinas, comiendo o rumiando a cielo abierto, dormitando en el margen de los bosques de pinos piñoneros. Y tres piaras de gordos cerdos hambrientos, sueltos, excavaban la tierra desnuda y ya reventada, a la busca de bulbos y de los rizomas de la hierba. No se veía a nadie cerca. Los guardadores de rebaños debían de haberse escondido detrás de las peñas, para espiar desde allí la llegada de los viajeros y de los extraños, de la misma forma que antaño la gente del mar y de la montaña vigilaba a los piratas desde los promontorios costeros. Así lo pensaba Dolors.

Fue como si hubiese llegado a su exilio de casada. De hecho, a eso la forzaba el regreso de Víctor a casa y a la intimidad conyugal, ¡y más aún el sacrificio de un nuevo viaje de reconciliación! Ella bajaba desde la ciudad hasta el campo; bajaba en el progreso y en el tiempo de las ciudades, para salir al encuentro de lo rural y de la hierba; bajaba también desde dentro hacia fuera de sí misma —como si la estuviesen apeando tal vez de su vida, de su cuerpo, de su propia piel.

Hicieron una parada de dos horas en Elvas, donde comieron. Comenzaron a ver calles sin nadie, casas con las puertas cerradas y las persianas bajadas por causa del sol, una iglesia indiferente al hecho de que fuese domingo, un castillo inútil a lo alto que corría por encima de la ciudad, el acueducto al fondo como un tren parado en una estación terminal. ¡Do-

mingo! La vida mal vivida bajo la luz blanca, en el sofoco de los domingos de Elvas. Después fueron apareciendo unos seres parsimoniosos que se sentaban a la puerta de sus casas, al fresco, cuyos ojos parecían escuchar todo lo que se movía en el calor irrespirable del día; estirados en las sombras, algunos perros con heridas cubiertas de moscas, como las mataduras de las bestias, dormían sacudidos por espasmos o al abrigo de los aleros; y los gallos silbaban por la pepita, detrás de los muros altos de los patios.

Desde allí continuaron rumbo a Lisboa. Antes de partir, almorzaron en una fresca casa de comidas, sentados a los pies de una buganvilla con pétalos de color sangre de buey, tan frondosa y florida que sus brazos de boa rodeaban todo el extenso patio interior. Hacía recordar (valga la exageración) a un dragón extendido a lo largo de las planchas de piedra que terminaban sobre las columnas, y cuyas gruesas paredes, aseguraban sus dueños, “databan de tiempo antiguo, de la época de los Moros”.

Habían venido en coche desde Madrid, y eso más por una caprichosa decisión del marido, que a veces insistía en viajar al volante de sus temerarias y lujosas máquinas de carreras, cosa que ella detestaba. Odiaba el vértigo, la vida peligrosa, las manías de grandeza, la falsa necesidad de los vicios de su marido. En el fondo, creo que lo odiaba de la parte al todo y viceversa, tanto en concreto como en abstracto. Exilio de casada, estaba yo diciendo. Porque Dolors vivía en los límites del mundo de él, unas veces dentro, otras en el margen y otras, también, más allá de las fronteras que él imponía y vigilaba.

“Esta vez, cariño”, había dicho, “tendremos tiempo para estar solos. Necesitamos hablar, tomarnos un descanso, oírnos el uno al otro. ¿No te parece, cariño?”.

Precisamente lo que menos quería: ¡quedarse a solas con él! Sin ninguna gana de estar allí sentada a su lado, mucho menos escuchándolo. En cuanto a Víctor, aplicado en conducir, por la carretera, su máquina de guerra, se limitaba a pensar en voz alta, sin fijarse siquiera en el rostro de su mujer, que se había distraído a propósito, sin oírle y desviando la mirada hacia el paisaje que corría allí afuera, para no tener que replicarle.

“No sé por qué razón volvimos a perdernos”, continuó él, en un monólogo, “ni por qué dejó de haber entre nosotros una vida igual a la de la gente corriente. ¿Oyes lo que te digo, cariño?”

Le hablaba siempre así, con gran oratoria. Lento, prolijo, repetitivo. De nuevo en su condición de hombre de lujo. Como si allí fuese él el escritor, el erudito, el filósofo de la familia, y no ella, que a fin de cuentas era una escritora y seguramente lo diría con una retórica mejor que aquella, recurriendo a los formidables adjetivos y a los adverbios de su prosa. De vez en cuando, por mera cortesía, la atención de Dolors regresaba, pero muy por encima, a aquel monólogo distante, para seguir la voz y el pensamiento de su marido. Pero le escuchaba sin amor, sin condescendencia.

“Tal vez podamos descubrir hasta qué punto aún nos gustamos el uno al otro”, iba discurriendo Víctor, pensando que ella todavía le oía. “Entenderíamos tal vez por qué motivo todo se volvió rutinario e indiferente en nuestra vida, en nuestra casa”.

“¡El vocabulario enrevesado y pretencioso, la mala gramática de los tribunos, la fiesta embriagada de los demagogos!”, pensó ella, desistiendo definitivamente de escuchar a su petulante hombre de lujo. Para Dolors, aquello era puro latín. No venía a Portugal por razones personales (¡aunque ya no creyese ni en una sola de ellas!) sino por aquella especie de liturgia que su

marido le imponía en cada reconciliación conyugal. Era una mujer herida que en parte ansiaba poder herirlo también. Simplemente no sabía cómo hacerlo. Pero sentía que se agudizaba dentro de ella un dolor difuso, el de haber sido tantas veces engañada por él, y una cólera diáfana de luz —el dolor que estaba predestinado a la humillación de su marido. Cuándo y dónde lo humillaría, no lo había decidido aún. Si bien no se quitaba de la cabeza este propósito, lo cierto es que no tenía la más mínima idea de cómo debería enfurecerle, ni dónde encontraría el valor necesario para vengarse de él —pero tenía que devolverle el desprecio público, la mentira, la sonrisa cómplice de los amigos que le encubrían, tanto como sus regañinas airadas y sin motivo, las mujercitas perversas que se reían de ella a sus espaldas, la pura maldad del desamor conyugal. Esa decisión estaba tomada desde hacía mucho tiempo por parte de ella.

Ni Portugal ni ningún otro país del mundo serían la solución para el caso de los dos. Nada en el amor pasa por regresos al hogar y por viajes de reconciliación al extranjero, cuando nos falta el alimento principal del sentimiento amoroso: la piel. El toque, el contacto, el placer, la llama, la sensualidad de la piel. Todo lo que entre ellos se había perdido ya. Cuando no hay piel ni cuerpo, el amor deja de ser la naturaleza de una forma, de un elemento, de una expresión adquirida; se hace necesario imaginarlo todo otra vez, desde el principio —el lugar del encuentro, el camino por donde decidimos partir, el sitio a donde queremos llegar. Víctor Alfonso había dejado caer la piel de su amor por ella; imaginación no era algo que en él abundase para recuperarla, para llevarla de nuevo de la mano. ¿Entonces por qué continuar mintiéndose el uno al otro, soportando los fingimientos de una vida que había pasado ya del calor y de la ternura a la frialdad cotidiana, incapaz de tomar

forma y energía en esos dos cuerpos, entre las cuatro paredes de una casa igualmente fría? El desamor de ambos no tardaría en helarles las venas, los huesos, los nervios y músculos, el propio nombre de la ciudad donde vivían y que desde siempre se llamaba Barcelona. Había desistido, no obstante, de responder a las preguntas que se formulaba a sí misma, porque no se consideraba aún en condiciones de contestar minuciosamente. En teoría, solo en teoría, había dejado de ser —y por nada de este mundo volvería a serlo— el alma de ese marido rico, voluble e infiel. Le faltaba tan solo dar respuesta a una pregunta, la única, la última de aquella que todavía se formulaba a sí misma con alguna frecuencia y con un cierto poso de indignación: si, en su fuero interno, no hacía sino repudiarlo, rechazando su piel (pero no el cuerpo ni el sexo), ¿por qué motivo se mantenía ella a su lado, acostándose en la misma cama, figurando como la elegida, la amante dominical, como si no pasase de la más selecta de sus concubinas?

A su llegada a Portugal, Dolors vio que las ciudades se levantaban no al final del viaje, sino al principio de todos los caminos, al contrario de lo que sucedía en España. Le extrañó casi todo: el mirar distraído de los portugueses, la melancolía bondadosa de los viejos hombres gordos que se habían sentado a la sombra de las casas, el dolor que ensombrecía el rostro de las viudas allí paradas mirando la tarde que no se movía, nunca se movía —como si ya solo esperasen el regreso de sus muertos. Poseían ojos húmedos. En ellos no bullía siquiera el temblor de una pestaña extendida, ni la fragancia de esa luz que a su alrededor golpeaba los olores, los sonidos, los colores del paisaje, el silencio, la concha donde vivía el sufrimiento secreto de las mujeres. Más que sus sombras angulosas y agigantadas que se proyectaban en el suelo al cruzar las calles, era su luto el

que, abatiéndose sentado en el cobertizo de las casas, contrastaba con la blancura de la cal reciente de sus casas. Allí, todo lo demás era tierra, orgullo, inmovilidad. Y silencio, y dolor, y soledad.

“Al final no hay nada en Portugal que se parezca a España”, pensó ella sorprendida, por cuanto nada de aquello se correspondía con lo que esperaba ver en el país vecino.

[...]